

La historia paralela.

Los ojos de Joe se reflejan en el pequeño trozo de cristal del suelo, son nítidos e inocentes, como los de cualquier niño de cinco años.

Joe camina por los terrenos de las favelas brasileñas golpeando una piedrecita con la punta del pie. Lleva puesta la ropa roída de hace un par de días, pues tampoco tiene mucha para elegir. Se dirige hacia la chabola de su abuelo Edson. Es fácil identificar su hogar pues, a pesar de que todas las chabolas tienen más de un desperfecto y son algo anticuadas, la suya es la más obsoleta de la callejuela con diferencia.

El pie de Joe se enrojece de tanto golpear la piedrecita, así que se limita a dejarla a un lado y seguir su camino.

Al llegar a la chabola, Joe se detiene frente a la puerta y mira a su alrededor, no hay absolutamente nadie. Toca un par de veces con sus nudillos y desliza la puerta, que chirría cual gato al que le acabas de pisar la cola. Allí está su abuelo Edson, tumbado sobre un colchón sucio y desgarrado.

Edson levanta la mirada esbozando una amplia sonrisa, lleva un rato esperando a su nieto. Alza la mano derecha gesticulando para que Joe se acerque y él se aproxima para darle un beso en la mejilla. Edson se apoya sobre su brazo derecho y, ladeándose lentamente, se sienta en el colchón. Joe cruza sus pequeñas piernecillas y se sienta en el suelo, escuchando atentamente a su abuelo.

- ¿Qué te pasa abuelo? –pregunta alzando una cejita.
- Nada pitufino, es sólo que tu abuelo está mayor y le duele la cabeza –explica mientras termina de colocarse.
- Ah.
- Y bien, ¿qué historia quieres escuchar hoy? –pregunta abrazando la manita de Joe.
- Dijiste que me ibas a contar una que nadie sabía mejor que tú y que pasó aquí. Creo que era sobre un niño que le pasó algo e hizo cosas buenas.

- Ah, es cierto, se me había olvidado -dice soltando la manita de Joe-. Pues, tal y como te dije, esta historia es sobre un niño que nació aquí, pero apenas tiene resonancia.
- ¿Qué es “resonancia”, abuelo?, ¿es algo que usan los que saben mucho como tú? –interrumpe algo desconcertado.
- No pitufino. Significa que poca gente lo sabe.
- Ah. ¿Y qué le pasó a ese niño, abuelo? –pregunta impaciente por saberlo todo.
- Mira pitufino, ese niño era como tú, muy curioso e inteligente, aunque tenía un par de años más. Además, vivía en esta misma chabola.
- ¿Y qué le pasó? –pregunta ansioso.
- Pues que un día le ocurrió una cosa que cambió su vida para siempre.
- ¿Y qué cosa fue? –interrumpe.
- Escucha atentamente y no seas tan impaciente Joe -dice dando un toquencillo en la nariz de su nieto-. La mamá de este chico estaba muy malita y, como ellos no tenían nada para curarla, decidió robarle medicinas y un poco de comida a un vecino que estaba allí temporalmente y que el chico sabía que tenía lo que él necesitaba por los rumores que circulaban entre los vecinos. Nunca se enteró del motivo de su estancia. Unos decían que era un voluntario y venía a ayudar, otros que les vigilaba para robarles. Ya sabes cómo son aquí Joe, y quiero que tengas cuidado –dice observando cómo su nieto asiente, vehemente por conocer el resto de la historia-. En fin, que el chico decidió adentrarse en la casa de ese señor.
- ¿Y lo pillaron?, ¿lo echaron por robar?
- Joe...
- Vale, vale –dice pasándose la mano por los labios imitando a una cremallera.
- Bien –dice esbozando una sonrisa-. Pues una mañana de otoño, el chico salió de su chabola y se dirigió sigilosamente a la de su objetivo.
- ¿Qué es “sigilosamente”, abuelo? -pregunta alzando su otra cejita.
- Es hacer algo con mucho cuidado para que no te vean, pitufino.
- Ah, vale, ¿y qué pasó, abuelo?, ¿pudo entrar en la casa del hombre? -pregunta cambiándose de postura cruzando y descruzando sus piernecillas.

- Así es, pitufino. El chico llegó a la chabola y asomó su cabecita por la ventana para ver si había alguien y, al parecer, no lo había. Entonces, se acercó a la puerta y la deslizó lentamente para no hacer ruido. Miró a un lado y a otro, no había nadie. Corrió por toda la casa, moviendo cajones y levantando alfombras, tratando de hacer el menor ruido posible. El cuerpo del chico temblaba cada vez con mayor intensidad, estaba nervioso, movía los ojillos de un lado a otro, buscando y buscando, pero no encontraba lo que quería. Volvió otra vez al principio, revisando donde ya había husmeado antes hasta que, en un despiste, tropezó con un saliente y cayó de boca. Por cierto –dice haciendo una pausa-. No me has preguntado pero, ¿sabes qué significa husmear?
- Sí. Mamá dice que es lo que hago cuando trae cosas a casa y pienso que no me pillan mirando dónde las guarda –dice bajando su rostro enrojecido.

Edson acaricia el suave rostro de su nieto, elevándolo de nuevo.

- Pues ya sabes pitufino, eso no está bien hacerlo.
- Ya...-Dice entrelazando sus deditos con los de Edson-. ¿Y qué le pasó?, ¿se hizo pupa?
- Sí, se hizo una herida muy mala en la frente y luego se le quedó la señal.

Joe desvía la mirada hacia la frente de su abuelo, entrecerrando los ojillos, viendo algo que llama su atención, pero no acaba entender muy bien por qué, por lo que no pregunta y continúa atendiendo a su abuelo.

- Se hizo mucho daño –continúa-. Pero luego descubrió algo asombroso. Cuando se levantó, observó el saliente y, haciendo mucha fuerza, tiró de él hacia arriba y... ¿a que no sabes qué encontró?
- No.
- Encontró un hueco así de grande –dice abriendo los brazos.
- ¿Un laberinto secreto? , ¿como el de los cuentos? –pregunta atónito.
- Más o menos pitufino –dice carcajeando-. Ese “laberinto” era muy chiquito, un simple hueco horadado, pero a la vez era lo suficientemente grande como para conservar las medicinas y algo de comida que había ahí dentro escondido para que nadie lo viera –explica acariciando el pelo de Joe-. Y si vas a preguntarme

qué es horadado, significa que lo habían hecho agujerando parte por parte algunas tablas del suelo, y lo cierto es que habían utilizado alguna herramienta poco útil, pues quedó bastante mal hecho –explica recolocándose.

- ¿Y se llevó algo?
- Sí. El chico cogió algunas medicinas que él creyó conveniente y una lata de atún.

Joe ojea de nuevo la habitación, desviando por un momento la atención. Entrecierra de nuevo los ojillos, fijándose en los objetos de la estantería arcaica y polvorienta.

- Pero luego le pasó algo horrible, o eso creyó él –continúa tratando de llamar la atención de Joe.
- ¿El qué?
- Cuando fue a salir de la casa, se chocó con la mujer del dueño, que había llegado sin que el chico se diera cuenta.
- ¿Y qué pasó? –pregunta abriendo los ojillos.
- Pues la mujer le quitó lo que había cogido y alzó la mano para darle una bofetada así de fuerte –dice palmeando intensamente en el aire cerca de la cara de Joe.
- ¡Ah! –exclama colocándose las manos en la cara como si interiorizara el dolor de la bofetada.
- Pero justo cuando la mujer quiso deslizar su brazo hacia delante para darle la bofetada, apareció el hombre, y le dijo...
- ¿Qué le dijo? –interrumpe ansioso.
- Le dijo: ¡Para! –exclama.
- ¿Y la mujer no le pegó? –pregunta estupefacto.
- No.
- ¿Y qué hizo el hombre? –pregunta descruzando de nuevo las piernecillas.
- Al principio no hizo nada, simplemente se limitó a mirar los inocentes ojillos del chico.
- ¿Y qué hacía el chico? –pregunta apretando fuertemente las manos.
- Pues el chico estaba cabizbajo, pensando que le caería una bofetada aún más fuerte.

Joe se coloca las manos en la tez de nuevo y aprieta los ojillos, como esperando que su abuelo imitara el movimiento de la bofetada anterior, pero palmeando aún más fuerte.

Edson decide dejar escapar una leve carcajada por su inocente gesto, fallando así su intento de eludirla.

- Tranquilo pitufino, esta vez no haré nada –dice Edson relegando las manitas del rostro de Joe.

Joe asiente esbozando una leve sonrisa. Apoya las dos manitas en el suelo y se impulsa para levantarse. Se acerca al colchón dando diminutas zancadas. Se sitúa frente a Edson y coloca las manos en sus hombros, se sienta en el colchón y deja caer la cabeza en el regazo de su abuelo.

- Sigue contando abuelo, ¿qué pasó?, ¿le pegó y le hizo pupa?
- No pitufino. El señor tomó la lata de atún y las medicinas que la mujer le arrebató y entró de nuevo en la chabola, dejando al chico solo, y volvió instantáneamente.
- ¿Qué es inta...ins...tane...? No me sale... -dice gesticulando con la boca tratando de decirlo.
- Instantáneamente -repite entre fornidas carcajadas-. Quiere decir que lo hizo en un “momentito de nada”, como tú dices –explica observando cómo su nieto tantea entre un barullo de sílabas y palabras.
- Insta...¿instantáneamente? –dice al fin.
- ¡Eso es!
- ¡Yupi! –exclama palmeando y carcajeando sobre el regazo de su abuelo-. Venga abuelo, ¿qué pasó después?, ¿qué hizo el hombre cuando volvió?
- Pues cuando volvió, trajo consigo una cesta repleta de medicinas y comida, además de la lata de atún que cogió al principio.

Joe eleva su cabecita del regazo de su abuelo, mirando de nuevo la vieja estantería, fijándose en un objeto al que no le había prestado mucha atención anteriormente hasta que Edson contó esa parte de la historia. Luego retoma su posición inicial.

- Oye abuelo, ¿cómo sabía el señor las medicinas que tenía que darle? –pregunta dándose golpecitos en la sien con el dedo índice.
- Muy buena pregunta, pitufino –dice acariciando la sien de Joe-. Pues porque ese señor era médico, y sabía curar a mucha gente. Lo que nunca supo el chico es cómo conocía el estado de su madre, siempre dijo que era un secreto.

- ¿Un secreto?
- Así es, pitufino. Aquel hombre siempre fue muy comedido, es decir, contaba muy pocas cosas sobre él y no hablaba en exceso, lo único que le dijo al chico es que conocía a la gente de allí, y por eso sabía el estado de su madre, aunque él no se fiaba demasiado.
- ¿Y qué pasó luego, abuelo?, ¿su madre se curó?
- Más o menos. Tras un extenso mes de espera y medicación, su madre mejoró favorablemente. Quedó algo aturdida y débil, pero el chico pensó que era algo normal en la gente de por aquí.
- ¿Y luego qué pasó?
- Pues que el chico fue a visitar de nuevo a aquel señor.
- ¿Para qué?
- Pues para darle las gracias. Como te he dicho muchas veces, es de bien nacido –dice esperando a que Joe complete la frase.
- Ser agradecido.
- Eso es pitufino. Tenlo siempre en cuenta, ¿vale?
- Vale –dice con sus ojillos iluminados-. Abuelo, ¿qué le dijo el hombre?
- Pues como te dije antes, el señor hablaba muy poco, así que únicamente reconoció la gratitud del chico y le dijo que su madre sufría una rinitis viral. No dijo mucho más. Tenía ese carácter tan especial.
- ¿Qué su madre tenía una qué? –pregunta elevando levemente sus cejitas.
- Una rinitis viral, aquí la conocemos como gripe. Ya sabes que es un resfriado muy muy malo.
- Sí, todos hablan de eso. Abuelo, ¿Volvieron a verse después de eso?
- Pues sí. Por suerte o por desgracia su madre empeoró, y eso dio un nuevo sesgo, es decir, dio un nuevo giro.
- ¿Fue a ver al señor otra vez?
- Sí, fue a pedirle ayuda –dice mirando al infinito para tratar de recordar los detalles-. Fue a visitarle justo la semana después de percibir que su madre empeoraba. Al principio el señor lo miraba con extrañeza, pues aseguraba que la observó durante un par de días y no se percató de nada extraño.
- ¿Y entonces, cómo le creyó? –dice Joe cruzando sus bracitos.
- Pues porque el chico lo dirigió hacia su chabola y pudo comprobar desde la ventana el estado de su madre.
- ¿Y qué hizo el señor?, ¿Le dio más medicinas? –pregunta preocupado.

- No exactamente, ésta vez era más complicado. Necesitaba un tratamiento más sofisticado, es decir, más complejo –dice conteniendo una lágrima al recordar el momento.
- Pero abuelo, dijiste al principio que vivían aquí, y aquí no hay hospitales –dice Joe entristeciendo el rostro-. ¿qué la pasó?, ¿se murió?
- No, pues que tuvo un golpe de suerte. ¿Recuerdas que el señor era médico?
- Sí.
- Pues le dijo que trataría de ayudarla. Y también le dijo de dónde procedía. Era un médico de Boston.
- Abuelo, ¿eso dónde está? –pregunta alzando la cejita izquierda.
- Pues, muy muy lejos de aquí. Es un sitio en el que hay muchas cosas para curar
- Jo abuelo, todo está muy lejos –dice cabizbajo-. Oye abuelo, ¿por qué ese señor ayudó tanto al chico?, ¿no prefería quedarse en ese sitio tan grande? –pregunta turbado.
- Claro que lo preferiría. Pero hay personas muy buenas como él, que dedican su vida y su trabajo a ayudar a los más desfavorecidos. Porque, a ver pitufino –dice haciendo una pausa-. ¿Qué te he dicho yo sobre la vida?, ¿cuál es el objetivo?
- Ser feliz. Pero no entiendo por qué vino aquí si allí hay casas grandes y cosas chulis.
- Exacto, ser feliz. Pues porque a ese señor le hacía feliz ayudar. Mira pitufino –dice tomándolo por debajo de los hombros y colocándolo sobre sus piernas-. Imagínate que tu madre está muy malita. Ahora dime, ¿cómo te sentirías si alguien le regala medicinas a tu madre y se cura?
- Muy alegre.
- Eso es, y después de eso, ¿estarías alegre haciendo algo bueno por él?
- Sí.
- Pues así de alegre se siente él cuando ayuda a los demás.
- Ah, ¡ya lo entiendo abuelo! Ese señor se sentía bien ayudando a los demás. Pero –dice dubitativo-. Yo no sé qué me hace sentir así de bien, ¿cómo se sabe?, ¿hay que hacer magia como en algunos cuentos?
- No pitufino –dice entre leves carcajadas-. Eso lo descubrirás con el tiempo.

Joe no acaba de entender demasiado bien la idea de Edson, pues duda sobre qué le hace sentir alegre, si algo como el hombre de la historia que relata su abuelo o algo de los cuentos que conoce. Sumergido en la inocencia de un niño que se pregunta qué es ser feliz y qué quiere ser, Joe decide dejar un hueco para la continuación de la historia.

Joe esboza una leve sonrisa y se acurruca en el hombro de Edson, apoyando las manos sobre sus piernecillas.

- Abuelo, sigue contando la historia. ¿Llevaron a su mamá a que le dieran el tratamiento ese?
- Así es pitufino. Le dijo que los llevaría a él y a su madre a Boston, además...
- ¿Además qué? –interrumpe.
- Pues le dijo que podría curar a su madre con las medicinas que tenía en su consulta.
- ¿De verdad? –pregunta elevando las manos hacia la cabeza.
- Sí.
- Oye abuelo, ¿cómo fueron de aquí hasta ese sitio tan lejos?
- Pues fueron en coche y en avión. Fue un viaje muy largo y latoso, la verdad –dice esbozando una sonrisa.
- ¿Los coches son las cosas esas grandes con ruedas que vemos a veces allí lejos? –dice abriendo sus bracitos-. ¿Y los aviones?, ¿es eso que dice mami que va por el cielo?
- Así es, pitufino –asiente Edson observando la perplejidad de su nieto.
- ¡Yo quiero subirme en uno!
- Algún día lo harás, te lo prometo –dice Edson acariciando de nuevo el pelo de Joe.
- Oye abuelo, ¿se curó la mamá del chico cuando llegaron allí?
- Pues verás, fue un proceso algo dudoso, pero sí. Al llegar allí, la madre del chico estaba muy debilitada, y digamos que el ajetreo del viaje no ayudó mucho. Fue un periodo algo largo, unos tres meses. Pero la cosa no acabó ahí.
- ¿Qué pasó después?
- No es tanto lo que pasó después, sino durante. Mientras su madre se recuperaba, el chico se interesó mucho por las medicinas y por todos los objetos que tenían el señor y su mujer –dice abrazando el hombro de Joe-. Así que el hombre decidió enseñarle a escribir para que entendiera lo que ponía.
- ¿Y le enseñó igual de bien que me enseñas a mí?
- Sí pitufino, así o incluso mejor.
- Pero abuelo, ¿qué pasó después de esos tres meses?, ¿volvieron aquí?
- No. El señor los acogió en su casa, inscribió al chico en una escuela y supervisó a su madre durante un tiempo.
- ¿El chico fue a la escuela?, ¿y tenían libros bonitos y con dibujos como los de los ricos? –pregunta sorprendido.
- Así es pitufino, con muchos dibujos y muy bonitos.

- ¿Y luego estudió en el sitio ese de los mayores?
- ¿Te refieres a la universidad?
- Sí, a eso, ¿estudió allí?
- Pues sí. Gracias a la educación que le otorgó el hombre, estudió medicina en la universidad.
- ¿Igual que ese señor?
- Sí.
- ¿Tú también sabes de eso no abuelo?
- Sí pitufino, sé bastantes cosas.
- ¿Y qué pasó con su madre?
- Pues se curó del todo y pudo ayudarles al señor y a su mujer en la casa mientras el chico estudiaba.
- ¿Y luego qué?
- Cuando el chico terminó de estudiar, lo destinaron a Canadá durante un tiempo para trabajar. Así que el chico y su madre se desplazaron hacia allí.
- ¿Y no se volvieron a ver?
- Lo cierto es que sí. Por caprichos del destino se volvieron a ver mucho tiempo después.
- ¿Qué son caprichos del destino abuelo? –pregunta aferrándose a Edson.
- Es una forma de llamar a las coincidencias.
- Ah, ¿y por qué volvieron a verse?
- Pues porque pasó algo muy malo.
- ¿El qué? –pregunta perplejo retirando la cabeza apoyada en el hombro de Edson.
- Pues veinte años después, el señor que tanto le había ayudado enfermó de cáncer.
- ¿Qué es eso?
- Es que te pones tan malito, que a veces te mueres al poco tiempo.
- ¿Y eso no se cura?
- A veces no pero, en su caso, sí.
- Ah bueno, pero ese señor tenía mucho dinero, como vivía en el sitio guay y compró libros y cosas...¿no? –pregunta apoyando sus manos sobre las piernecillas.
- Pues no pitufino, se quedó sin dinero. Cuando empezó a enfermar no pudo trabajar, y su mujer tampoco encontró trabajo, así que se quedaron sin dinero.
- ¿Y qué hicieron? –pregunta moviendo las manitas mostrándose curioso y preocupado..
- Pues trasladaron al señor a un hospital y lo ingresaron. Pero a falta del dinero, le comunicaron a su mujer que no podrían aplicarle el tratamiento.

Joe vuelve a aferrarse a su abuelo. Deja caer su cabecita sobre su hombro y relaja las piernecillas dejándolas fuera del colchón. Bosteza ligeramente colocándose la manita delante de la boca. Edson le acaricia suavemente la tez.

- Entonces, ¿se murió? –pregunta bostezando de nuevo.
- No. Un día le llegó una carta a su mujer,
- ¿De quién era? –pregunta disminuyendo el tono de su voz.
- Del chico al que ayudaron
- ¿Del que estudió para curar? –pregunta sorprendido aunque algo cansado-. ¿Y qué decía?
- Decía que el tratamiento que necesitaba aquel señor había sido pagado hace muchos años con una cesta de comida y medicinas. Donde todo empezó.
- Entonces, ¿le devolvió el favor? –dice entrecerrando sus ojillos.
- Exacto. Así que le pagó el tratamiento y se curó.
- ¿Y se sintió feliz?
- Mucho –afirma conteniendo el pequeño nudo en la garganta de la emoción
- Abuelo, ya sé qué quiero ser de mayor.
- ¿El qué?
- Quiero ser médico para ayudar a los demás –dice entrecerrando los ojillos.
- Me parece muy bien pitufino, podrás ser lo que tú quieras. Lo importante es que te haga feliz.
- Oye abuelo.
- ¿Sí?
- No me has dicho el nombre del chico, ¿cómo se llamaba? –pregunta a punto de quedarse dormido.
- Edson.
- ¿Igual que tú?
- Sí.
- Otra cosa abuelo.
- ¿Qué pasa?
- Antes he visto una señal en tu frente y una cesta con cosas en la estantería, ¿eran así las que tenía el chico?
- Sí.
- Vaya abuelo, el personaje de la historia es muy parecido a ti.

Los ojillos de Joe se cierran por completo, entrando en un profundo sueño. Su cuerpo encogido descansa sobre Edson, dejando la cabeza apoyada sobre el hombro de su abuelo. Edson lo abraza por la espalda acurrucándolo aún más cual bebé.

- Así es pitufino -dice suavizando el tono de su voz-. El chico de la historia es muy parecido a mí -concluye dándole un beso en la frente.